



“LA TAZA DE TE”

"LA TAZA DE TÉ"

Rodeando una pequeña mesa, cubierta con fino mantel de hilo, cinco hermosas muchachas conversan alegremente.

La de mayor edad coloca una pequeña cajeta con envoltura plateada en el centro de la mesa.

—¡Ábrelo! —corean las cuatro muchachas. La mayor del grupo se apresta, con sus frágiles manos, a desatar el cordel amarillento que marca con grácil fuerza la envoltura plateada. Mientras ella lo desenvuelve con mucho cuidado, sus amiguitas preguntan curiosamente:

—¿Qué será?

—¿Quién te mandó el regalo?

—¿Será bonito?

—¡A lo mejor es una muñeca de porcelana!

—¡Son muy bonitos esos adornos!

—¡A mi hermana le regalaron una igual el día de su cumpleaños!

—¡Apúrate, Margarita, que nos estamos muriendo por saber qué es!

Margarita, sin escuchar a las apremiantes curiosas, va sacando uno a uno los papeles arrugados que protegen la sorpresa. Las voces de desilusión llenan el amable ambiente.

—¡Una taza de té!

—¡Sí... una taza de té, vieja por añadidura!

---¿Mandaron tarjeta con el regalo, Margarita?

—¡Pero si está rota... miren el borde; se nota que ha sido pegada con cola!

Margarita no habla. Contempla unos instantes la taza de té y piensa: "¿Tendrá un enigma que yo no pueda descifrar? ¿Quién me ha mandado esta taza de té?"

Margarita es despertada por las llamadas de sus amigas.

—Margarita, ¡enséñanos tus regalos!

—¡Esta taza de té muy bien la podrías guardar para una próxima broma!

Las muchachas se dirigen a la habitación de Margarita. Las conversaciones se deslizan suavemente por el cuarto. Las cortinas se mueven con pereza mientras la noche entra. La despedida es la acostumbrada, sólo que en esta ocasión la risa es menos parca.

Margarita se pasea por el comedor; estira los brazos hacia atrás, dando muestras de cansancio. Mira intrigada la taza de té, y la coloca en la esquina del antiguo aparador.

La taza de té tiene hermosas alegorías que evocan el esplendor del teatro Noh... Esta fina joya, producto de la cerámica japonesa, muestra sus figuras de un modo caprichoso: Un Samurái está acostado, apoya su cabeza sobre una roca; de pie una Oiran, o cortesana, le muestra una flor; un poco distante de esta composición, una batalla entre los nobles caballeros de Heike o Genzi. Todas las figuras están tratadas en esmalte color rosa; el fondo es verde.

La taza de té, en la esquina del aparador antiguo, espera una mano con encajes que la saque del olvido.

Margarita, en su cuarto, piensa en infinidad de cosas. Hoy cumplió quince años. Tuvo una pequeña y divertida fiesta. Sus regalos son variados y hermosos. Tuvo todo lo

que una muchacha corriente desea el día de su cumpleaños. Una vieja taza de té le fue obsequiada, la parte festiva... una broma.

Margarita se desviste, se acuesta y a los pocos segundos está dormida. Ha tenido un día feliz y agobiador.

* *

En casa de sus tías, sus primas juegan con muñecas; ella participa con igual entusiasmo.

—Margarita, invitemos al vecino... es un buen muchacho y muy ocurrente —le dice una de sus primas.

—Sí, invítalo; es ocurrente y nos divertiremos mucho.

Su prima entusiasmada corre al balcón y grita:

—¡Riquete!... ¡Riquete!

Un muchacho se asoma por una ventana de la casa contigua. Tiene unos rizos que señalan al cielo.

—¿Qué quieres, Cecilia?

—Que vengas a jugar; mi prima Margarita está de visita.

—Está bien, ya voy... —terminando la frases el muchacho asoma medio cuerpo y mira el pequeño callejón que separa las dos casas.

—¡No hay nadie, Cecilia... pásame el tablón!

—No, Riquete, es peligroso... ven a la casa como gente decente.

—Entonces no podré ir.

—¿Por qué, Riquete?

—Porque estoy castigado... mi Mamá está en la sala y no me deja salir... la única forma es que pases el tablón.

—¡Riquete, por favor, ten cuidado!

—Sí, Cecilia, no te preocupes; ¡los gatos que pasan por el callejón me apañarán si me caigo!

—Riquete, por favor!

Cecilia llama a Margarita y a las primas para que le ayuden a colocar el tablón que está acostado en el balcón.

—¡Con cuidado! —grita Riquete, que desde su ventana dirige la operación —así... un poquito más a la derecha... con fuerza, muchachas, ahora... ¡empujen...!

La tabla cae con fuerza en el alféizar de la ventana de Riquete, provocando un grito de su madre.

—¡Riqueteee...!

—Diga Mamá.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, son los gatos que han tumbado unas maderas.

La madre, conforme con esta respuesta, se calla; es el momento que espera Riquete para cruzar por el tablón.

—¡Ya voy, muchachas; esto es cosa de segundos!

Margarita mira al curioso vecino, aguantando la respiración. La tabla parece segura, pero al vecino le gusta coquetear con el peligro. Hace gracias de continuo para molestar a Cecilia que está a punto de gritar.

El muchacho pone fin a sus gracias y llega al balcón, donde Cecilia, Margarita y las demás primas no saben si dar vivas de alegría o golpearlo.

—Riquete, esta es mi prima Margarita.

—Margarita, este es nuestro vecino Riquete.

—¿Riquete es tu nombre? —le pregunta Margarita curiosamente.

—¡Es un sobrenombre; soy "Riquete el del Copete", como el cuento del muchacho que tenía un mechón de pelo parado... así como el mío!

—Nunca he leído ese cuento, pero debe ser curioso. ¿Tú tienes ese libro?

—No, pero en la escuela lo puedo conseguir prestado. ¡Te lo daré en la próxima ocasión!

Cecilia, interrumpiéndolos, propone un juego de adivinanzas. Riquete aprueba la proposición, pero Margarita y las demás primas lo consideran muy monótono.

—¿Entonces qué jugaremos? —preguntó un poco molesta Cecilia.

—No sé... cualquier cosa menos eso de las adivinanzas —dice Margarita.

—Que decida Riquete lo que hemos de jugar —corean a voz en cuello las primas.

—No, ¡Riquete vino a esta casa para jugar lo que digamos nosotras! Riquete cada vez que propone un juego termina en peleas... además Uds. saben que esos juegos rudos no son para niñas —dice Cecilia.

—Si tú quieres, podemos jugar al escondido —le contesta Riquete con maliciosa sonrisa.

—¡Por favor, Riquete...! —Cecilia le grita enfurecida.

—¿Por qué te pones brava? El escondido me parece un juego muy entretenido —le contesta Margarita.

Las primas, con pícaro entonación, le dicen a Margarita:

—¡Con Riquete hay que jugar a la luz del sol!

Riquete se ríe, y sin darle mucha importancia a este asunto, les dice con cierto desgano, buscando la manera de dar fin a la discusión:

—¿Por qué no jugamos con tus tacitas de té?

En esta ocasión, Cecilia es la primera en aprobar la idea de Riquete.

—¡Me parece que es lo mejor!

Margarita y las primas dicen que sí, y el juego de té se pone en marcha.

—¡Margarita, vele con las primas a buscar la mesita que está en el comedor, y tú Riquete ven conmigo a pedirle unas galletas y un poco de té a la abuela!

Cecilia hablaba entusiasmada; esos eran los juegos que le agradaban. Riquete era su vecino, pero había que tratarlo con cierta cautela.

—Abuelita, ¿nos das un poco de té y unas galletas para jugar?

—Como no, hijita... y tú Riquete ¿cómo estás?... ¿te portas bien o sigues como siempre haciendo maldades a diestra y siniestra?

—No, Doña Leonor, Ud. sabe cómo es mi Mamá. Antes de que alguien le ponga quejas sobre mí, ella se anticipa; inventa una maldad que yo no haya hecho, y sanseacabó. ¡A la persona no le quedan ganas de presentar queja alguna!

Doña Leonor se ríe siempre que este muchacho llega a casa.

—Espero que se diviertan... Cecilia en la alacena, en una lata, encontrarás galletas y un poco de té.

Riquete y Cecilia se dirigen al balcón con las galletas y el té. Margarita y las primas están arreglando la mesita. En una caja grande, llena de paja, reposa tranquilamente un hermoso juego de té.

—¡Este no es mi juego de té... es el de la Abuela... si nos vé jugar con esto nos mata!

Las primas, sintiéndose culpables, tratan de buscar una excusa.

—Tu juego de té no lo encontramos y... pensamos que estando Margarita de visita, la abuela no se pondría brava.

—¡Está bien, pero mucho cuidado! Mi abuela cuida este juego de té como si fuera su vida; es un regalo que le hicieron cuando se casó con el abuelo.

—¡No te preocupes, Cecilia! —contestaron las primas.

El té transcurrió sin ningún incidente desagradable; las primas no pelearon. Margarita estaba feliz con su nuevo amigo. Riquete complacía a todo lo que le pidieran. Cantó, bailó, recitó... confesó todas sus maldades y la manera como le echaba la culpa a los gatos. Todo iba bien, cuando...

—¿Riquete, sabes hacer "maromas"? —le preguntaron las primas.

Riquete, que se había lucido en gran forma, no pudo menos que continuar complaciendo, a pesar de que no era muy grato tener que efectuar cabriolas, sobre todo cuando Cecilia decía que se había portado como un "caballero". Tener que hacer cabriolas era algo que no estaba acorde con la velada ni con el tratamiento que le había obsequiado Cecilia. Pero en fin, el "malo" de Riquete tuvo que someterse a los caprichos de las primas.

Riquete se preparaba; arregló las sillas de manera que no pudieran estorbarle.

—¡Una... dos y... tres!

Riquete dió su voltereta, pero con tan mala suerte que cayó sobre una de las sillas, dándose un golpe en la frente. Pero ahí no acabó todo; la silla golpeó una esquina de la frágil mesita y una de las hermosas tazas de té fue a dar al suelo.

—¡Dios mío!... ¿ahora qué haremos? —gimió Cecilia, mientras se agachaba y recogía la taza de té.

Por fortuna el daño no era tan grave y se podía reparar. Margarita se acercó donde estaba Riquete, y le dió su pañuelo para que se limpiara la herida.

—Cuánto lo siento, Riquete!... todo por complacer a las primas... tú eres un muchacho muy bueno —Margarita, terminando de hablar, le dió un beso en la herida.

Cecilia y las primas estaban muy preocupadas por la taza para darse cuenta de la presencia de Riquete. Pero hoy era un día de esos que tienen nombre propio, y ese nombre era Riquete.

Se ofreció el muchacho galantemente a reparar el daño. Cecilia accedió de mala gana, impulsada por Margarita. Las primas apoyaban a Margarita.

—Cecilia, es mejor que Riquete arregle la taza de té en su casa, así la abuela no se dará cuenta.

Pero Cecilia cambió de opinión.

—La abuela —contestó Cecilia —se dará cuenta que mos usado su juego de té el día que le dé por revisarlo y note una de sus tazas rajadas. ¡La mejor forma de solucionar esto es botar la taza!

—No, Cecilia —respondió Margarita —si estás dispuesta a botarla, dámela a mí.

—¡Entonces tómala!

—Riquete, ¿me harás el favor de arreglármela?

—¡Sí! —contestó el muchacho tímidamente .

—¡Riqueteeee!... ¡Riqueteeee!

—¡Es mi Mamá... tengo que irme! ¡Espero que vengas pronto para prestarte el libro de cuentos y entregarte la taza de té.

—Riquete, yo no sé cuándo pueda venir; a mi padre lo nombraron cónsul, y dentro de pocos días viajaremos a un país lejano. ¡Adiós "Riquete el del Copete"!

—¡Adiós, Margarita!

Riquete cruza por el tablón precipitadamente, tan precipitadamente que tropieza y...

—¡Cuidadooo!

—¡Niña Margarita!... ¿qué ha pasado?

Margarita abre sus ojos y mira a la criada que está asustada.

—¿Qué te ha pasado, Inés?

—¡Nada, niña Margarita, que estaba en la cocina cuando corrí al oír la gritar!

—¿Gritar yo, Inés?... ¡a lo mejor sería una pesadilla!

Margarita se levanta y se dirige al comedor tranquilamente, celebrando con Inés su pesadilla.

—¡Te juro, Inés, que no me he dado cuenta de que gritaba!

—Sí, niña, así son las pesadillas. Hay quienes se despiertan asustados; otros continúan dormidos, como en el caso suyo. ¿Niña Margarita, le traigo su desayuno?

—Sí, Inés, por favor.

—¿Niña Margarita?

—¿Qué quieres Inés?

—Antes de que me olvide, esa taza de té que está en el aparador ¿quiere que la bote?

—¿Cuál taza de té, Inés?

—Esa que le mandaron ayer para su cumpleaños... tan bien envuelta estaba que nadie se imaginó que podría ser una broma.

Margarita se torna pálida, se lleva las manos a la cabeza, y dándose golpecitos se dice: "¡Qué tonta he sido!... esta memoria mía empeora cada vez más."

—¡Por favor, Inés, tráeme la taza de té!

—Sí, niña... ¿se siente mal?

—No, Inés... no me siento mal.

La criada trae la taza de té y se la entrega a Margarita, que la coge entre sus manos con gran ternura. Se queda largo rato contemplándola. A medida que pasan los minutos, sus ojos se vuelven turbios por las lágrimas. El Samurái acostado, apoyando su cabeza sobre la roca, parece decirle...

—¿Te acuerdas...?



“EL CAMINO DE BARRO”

"EL CAMINO DE BARRO"

El camino de barro se pierde en el follaje caprichoso que colinda con el río. La sombra que producen los árboles forma una deliciosa alfombra color verde botella. Recuerdo este lugar con gran cariño. Era el sitio favorito del viejo "Hacedor de Cuentos".

El Viejo, personaje pintoresco del pueblo, solía pasar la mayor parte del día en ese, su "pabellón mágico". Para los muchachos del pueblo y otros, que como yo, pasábamos la temporada veraniega, el sitio de gran interés era ese rincón, verde y fresco, que contrastaba con el camino de barro, polvoriento y seco.

La fábrica de ensueños era mantenida por la voz baja y triste del Viejo, que nos relataba narraciones de la más variada especie. Ese Viejo, con su risa llena de silencio, nos inquietaba con su imaginación de mago. Un cuento sucedía a otro con la rapidez del rayo. Cuando el sol calentaba con furia, el cuento se interrumpía por unos minutos; entonces los que escuchábamos a este hechicero de la imaginación, nos tendíamos sobre la fresca hierba y esperábamos la continuación del cuento. La mayoría de las veces no escuchábamos el final tan ansiado... ¿por qué?... nunca lo supe.

Cuando el Viejo cansaba su imaginación, se levantaba y se iba con pasos tranquilos.

Los que lo conocían, decían de él las cosas más raras. Era un ilustre profesor retirado que, cansado de las aulas de clases, se había refugiado en este tranquilo pueblo; que

en las noches caminaba por los llanos y declamaba las más hermosas poesías.

¿Su nombre?... nadie podía contestar a esa pregunta. Los más curiosos pronto abandonaron esa ridícula empresa. Vivía tranquilo, con su misterio, esgrimiendo el cielo con su imaginación de genio.

Recuerdo uno de esos cuentos. Fue la primera vez que lo escuché. Yo había llegado al pueblo esa mañana. Mi madre junto con unas tías arreglaban la casa. Unos amigos me invitaron a pasear por el monte. Caminábamos por el sendero de barro que pasa cerca del río, cuando vimos a un grupo de muchachos que rodeaba a un señor de cara redonda; sus ojos se escondían tras unos lentes, vestía con desenfado y su ropa era limpia y blanca. Los muchachos permanecían quietos mientras el Viejo hablaba. La curiosidad nos hizo acercarnos. ¿Por qué los muchachos están quietos? ¿De qué habla este señor de ropa blanca? La respuesta estaba en cada rostro; el Viejo narraba un cuento con voz pausada y armoniosa...

"Hace muchos años un gran rey africano desafió al rey de la selva. El duelo tenía que efectuarse en la llanura cercana a la aldea. En una gran jaula de bambú estaba el "rey amarillo", que rugía incesantemente, mostrando sus dientes de marfil. Su gran melena golpeaba las flexibles barras de su cárcel. En la llanura formaron un gran círculo de lanzas. La multitud miraba al hermoso animal.

"Con ruido de tambores y exclamaciones de júbilo, apareció el rey negro con su corona de plumas. Una pequeña piel de leopardo cubría su cuerpo. Sin ruido de tambores, se abrió la portezuela de bambú. La bestia salió de su cárcel, y se dirigió zigzagueando, al epicentro de angustia...

"El sudor de selva llenaba la llanura; un viento suave movía los plumajes de la realeza africana. El rey negro,

semioculto por su escudo de mimbre, con una lanza en su diestra esperaba impávidamente la acometida del león..."

Todos estábamos absortos escuchando el relato, cuando el Viejo, quitándose los lentes, se levanta de la pequeña caja de madera que le servía de asiento, y con voz grave nos dice:

—¡Hasta mañana!

Me quedé viendo al Viejo perderse por el camino de barro. ¿Adónde iba?... ¡nadie sabía!

La imaginación del pueblo era menos elegante. El grupo que se presbaba de conocerlo, trataba con respeto. Para la gran mayoría, era un vago que distraía con sus mentiras.

Me convertí ese verano en puntual asistente del "pabellón mágico". Los cuentos continuaban, y me molestaba no saber el final de éstos.

El Viejo narrador conocía por sus nombres a todos los muchachos. Pronto supo el mío. Nos hicimos grandes amigos. Conversábamos sobre todos los tópicos. Con frecuencia, me decía lo agradable que era poder entretener a nuestros semejantes.

Esas charlas quedaban grabadas en mi memoria. Traté por todos los medios imaginables de ser agradable, y de conseguir el silencio de las personas. En mi casa quise imitar al Viejo, y así dejar adormecidas a mi madre y a mis tías con mis relatos; esfuerzo vano, ni tan siquiera la palabra "necio" salía de los labios de ellas. A mi amigo el "Hacedor de Cuentos" le pedí el secreto de su narrativa maravillosa. Nunca me contestó. Como respuesta recibía un nuevo cuento; una de éstas, y la que más impresión me causó, fue el cuento de la casa blanca...

"Era esta una casa blanca, con puertas de caoba y alabados de bronce cincelado. En ella vivían muchas personas. Todas las noches una extraña música sonaba en esa

casa. Cuando los gallos cantaban, la música cesaba y el silencio volvía a reinar.

"Dos muchachas, que vivían cerca de esa casa, intrigadas por el misterio de esa extraña música que terminaba al amanecer, decidieron averiguar el enigma. Una noche, cuando la música llenaba los ámbitos de la casa, tocaron a la puerta... nadie contestó. Durante dos noches sus esfuerzos fueron sordos. La tercera noche las puertas se abrieron al primer aldabonazo. La música cesó al cantar los gallos. La puerta se abrió y salieron las muchachas apresuradamente.

"La casa, con su música, fue motivo de leyenda en el pueblo. Muchos decidieron averiguar el misterio de la música. Cuatro muchachos, escondidos tras un árbol cercano a la casa, vieron a las dos muchachas entrar. La música sonó esa noche con desesperación. La pieza era interminable. Los cuatro muchachos, que estaban escondidos tras el árbol, se fueron durmiendo uno a uno. Los gallos cantaron. Uno de los muchachos se despertó, y pudo ver que la puerta se abría, dando salida a dos mujeres con rostros ajados. Los tres compañeros dormían. El ruido de pasos cansados se calló como por encanto.

—¿Qué viste? —preguntaron los compañeros al despertarse.

—No sé si fue mi vista cansada o mi imaginación calurosa... ¡pero anoche las ví jóvenes y hoy estaban viejas...!"

* *

Fue este un verano maravilloso; la magia de los cuentos culminó con la llegada a nuestra casa de una linda prima. Esta hermosa muchacha imitaba, en todo lo que podía, a una "estrellita" cinematográfica de moda.

Para granjearme su afecto hacía payasadas; me pintaba de negro y bailaba delante de ella hasta cansarme. Nunca conseguí sus aplausos. Me exhibía con el torso des-

cubierto, haciendo alarde de una musculatura que no poseía; esto provocaba la risa de ella, que me hería como pequeños alfileres.

Dejé de asistir al "pabellón mágico"; sólo me interesaba romper la glacial indiferencia de mi prima. Me vestía con gran esmero, a pesar de estar en el campo. Me preocupaba de tener mis uñas limpias y de estar siempre peinado; ¡todo fue inútil!... mi prima le coqueteaba a uno de mis compañeros de andanzas.

El fracaso de mi aventura amorosa me volvió hurafío. Regresé, después de muchos días de encierro en mi casa, al camino de barro. El Viejo estaba solo, sentado en la caja de madera que le servía de silla. Leía sin preocuparse de lo que le rodeaba. El viento agitaba las ramas de los árboles. Eran las tres de la tarde. Del río venían voces que llegaban apagadas a este rincón lleno de sueño. El Viejo levantó la cabeza y cerró el libro. Me miró largo rato sin hablarme; después rompió el silencio.

—¿Dónde estabas?

—En mi casa; no tenía ganas de salir. Quería contarle mi extraña aventura, pero sentí recelo de que no pudiera interesarle.

—¿A qué se debe tan maravillosa transformación?

El Viejo hacía alusión a mi ropa. Estaba tan lleno de almidón, que parecía fuera día de fiesta; mis zapatos de charol relucían. No le contesté; golpeaba con desasosiego la hierba. El Viejo, con risa maliciosa que me hizo sonreír, me dijo:

—¡La pequeña "Leda" no quiere al cisne!

El Viejo sabía mi suerte. Dándome una palmada en el hombro, me pidió que me sentara sobre la hierba. Yo sabía que un nuevo cuento bullía en su cabeza...

"Había una vez un gran mago que tenía dos hijas muy hermosas. Una de ellas era tan orgullosa que no quería que

su sombra se proyectara sobre la tierra. Su padre le dijo que su poder era limitado y que no podía complacerla. La hermosa doncella se recluyó en una torre ricamente amueblada. Las paredes estaban adornadas con hermosos tapices; el suelo estaba cubierto por las más ricas alfombras traídas de Oriente. Cuando la noche llegaba, su silueta se confundía con los hermosos dibujos de los tapices; el piso, con sus alfombras color cielo, le daba la sensación de que su sombra flotaba en el espacio. Permaneció así, encerrada en su torre, tres meses. Había encontrado el secreto: ¡su sombra no se dibujaba en la tierra pagana!

“Un día su hermana vino a visitarla; traía como acompañante a un enano. Después de contarse muchas cosas, le dijo:

—Hermana, te traigo este enano para que alegre tus ratos de tedio. El sabrá complacerte; canta maravillosamente, baila, y hace tantas gracias que te hará reír. Es sumiso y obediente... te lo regalo.

“La hermana aceptó el presente. Se despidieron deseándose toda clase de dichas.

“La hermosa y orgullosa doncella lo primero que le ordenó al enano fue que cantara; el enano cantó una hermosa balada de amor. Cuando terminó, la hermosa doncella no sabía que admirar más, si la balada o su voz.

—¡Qué bien cantas!... ¿quién te enseñó?

El enano le contestó respetuosamente:

—Señora, aprendí a cantar con mis hermanas que viven en la ciudad.

—Cántame otra hermosa canción —ordenó la bella señora.

El enano cantó otra balada de amor; tan hermosa era que la doncella se puso a llorar.

—¿Por qué lloras, hermosa Ama?

Ella le contestó que lloraba porque nunca había escuchado baladas de amor tan bellas.

—¿Dónde aprendiste esa balada?

—¡Allá en la ciudad donde viven mis hermanas!

“Los días pasaban y el enano cada noche cantaba tonadas tristes.

—¿Por qué estás triste? —le preguntaba la señora al enano.

—Porque allá en la ciudad vivía feliz con mis hermanas.

“La señora, sintiéndose culpable, le dijo que podía irse esa noche. La noche llegó, y el enano se disponía a partir, cuando la señora le pidió el último favor.

—¡Baila para mí como nunca has bailado!

“El enano bailó una hermosa danza de corte. A medida que danzaba, se iba acercando más y más a los candelabros que adornaban una esquina; su sombra se agigantó, de tal manera, que oscureció el cuerpo de la señora, que sentada en un escabel, contemplaba la danza. Cuando hubo terminado, la señora le obsequió una talega de dinero y le dijo:

—Me has hecho feliz, y deseo irme contigo a la ciudad para aprender la belleza de sus cantos y la gracia de sus danzas.

“El enano accedió gustoso. La señora estaba más hermosa que nunca. Juntos bajaron de la torre, y se encaminaron a la ciudad. Sus sombras se deslizaban por el camino de piedra”.

* *

Esa tarde llegué a la casa contento.

Me invitaron a pasear después de comida. Fue una noche agradable. Mi prima cantó, y yo hice gracias; me tiraba sobre la hierba. Mis compañeros y mi prima se reían.

Cuando regresamos a la casa estaba cansado de tantas caídas. Cuando mi prima me dió las buenas noches, le contesté con una gran carcajada; ¡qué tonta se me figuró esa noche!

Los días pasaban, y se acercaba el fin de las vacaciones.

El Viejo se había ausentado. Indagué con los muchachos del pueblo, y sus respuestas eran vagas. Nadie conocía su paradero.

Una noche que estaba caminando por el pueblo, me pareció ver al viejo que salía de una casa. No estando muy seguro de su parecido, no le presté atención. Era noche de luna llena, y la gente se iba de romería por los llanos. Seguí uno de esos grupos de personas jóvenes que cantaban.

Temiendo llegar tarde a la casa, regresé por la vía más corta —el camino de barro. Caminaba silbando por el sendero de barro, que estaba solitario; no me daba cuenta que alguien me seguía. Atribuía los pasos al viento que movía los árboles. De pronto me di vuelta; una extraña figura, en forma de venado, saltó dentro de un arbusto. Me asusté un poco. Al divisar las luces de mi casa sentí gran alegría. En mi casa conversaban alegremente.

* *

Me levanté con el canto del gallo. Todos continuaban durmiendo.

Me dirigí al río, donde varias personas llenaban de agua sus tinajas de barro. Los caballos se bañaban. Un olor a tierra húmeda invadía el ambiente. Regresé a mi casa.

Mientras desayunábamos, se habló del viaje. Nos iríamos dentro de unos días.

Ese día fue la última vez que lo ví. Le conté la experiencia que había tenido esa noche en el camino de barro.

El Viejo me preguntó si yo creía en aparecidos y cosas análogas. Yo le contesté que en las noches se debía creer en todas esas cosas, que de día nos burlábamos. El Viejo no contestó.

Hablamos de diversos temas, y le dije que mis vacaciones terminaban, y que pronto regresaría a la ciudad.

Pronto fueron llegando mis compañeros con intenciones de bañarse en el río. Saludaron al Viejo con respeto, y, presintiendo un cuento, se quedaron. El Viejo se vió en la necesidad de relatarnos algo...

"Había una vez un muchacho que no tenía familiares. En la escuela, sus compañeros hablaban de cosas que él desconocía: tíos, tías, abuelas, etc., etc. El muchacho se mantenía apartado de esas charlas.

"Un día, mientras jugaban, uno de sus amigos habló de un regalo que había recibido de su padrino.

—¿Tu padrino no te regala nada? —le preguntó al compañero.

"El muchacho le contestó que él no tenía padrino. Su amigo insistió en que debía tenerlo y que averiguara su nombre. El muchacho se fue a la casa donde vivía, pensando en lo dicho por su amigo. Al día siguiente fue al cementerio, que estaba cerca de su casa, y comenzó a leer las lápidas.

"Cuando llegó a la escuela su rostro reflejaba felicidad. Tan pronto como se reunió con sus amigos para conversar, el muchacho se desató, como un gran torrente de agua detenida por débiles paredes de barro, y habló de sus tíos, de su padrino que vivía en un país lejano y le mandaba hermosas postales, y de su abuela que había sido una gran dama. Cuando sus compañeros le exigieron los nombres de tan ilustres antepasados, el muchacho mencionó los que esa mañana había leído en las lápidas. Sus compañeros se

quedaron boquiabiertos. Cuando terminó la charla tenía tantos parientes vivos como muertos”.

Me despedí del Viejo, y le dije que el próximo verano volvería.

El viaje se adelantó por causas que todavía ignoro. Fue para mí una mañana de subir maletas al automóvil, de cerrar ventanas y de poner candados en las puertas.

Cuando partimos me quedé mirando, por la ventanilla trasera del automóvil, las llanuras verdes y las casas chicas. Mi madre se puso molesta por mi actitud quieta, y me dijo:

—¿Qué es lo que miras tanto?

Yo le contesté con voz quebrada:

—¡Atrás se quedan los cuentos!

Mi tía que conducía el auto, sin mirar ni siquiera, me dijo:

—¿Cuándo vas a dejar de ser niño?

* *

El verano siguiente volví.

Lo primero que hice fue visitar el “pabellón mágico”. La algarabía llenaba el río. Los caballos tomaban agua. El camino de barro levantaba polvo.

El rincón, con su sombrilla verde, estaba solitario. Pregunté por el Viejo “Hacedor de Cuentos” a uno de los muchachos del pueblo. El muchacho me miró fijamente, volvió lentamente la cabeza, y sin mirarme, me dijo:

—¡Se fue por el camino de barro con su costal de cuentos!

¡Recuerdo siempre, con cariño, ese lugar color verde botella!



“EL LADRON”

"EL LADRON"

Doña Mariquita se queja de todo. Como buena ama de casa, se levanta con una queja y se acuesta con gran acopio de ellas. ¡Los vecinos hacen mucho ruido! ¡Falta de consideración con el prójimo! ¿Quién será el esposo de la nueva vecina?... ¡descaro de mujer, salir al balcón tan temprano con esos trajes tan escotados, sin reparar que hay una escuela cerca! ¡Qué maridos los de ahora, si es que lo tiene! ¡Como mi Jacinto, muy pocos existen!... ¡Dios lo tenga en su santo seno!... ¡tan buen hombre que era y tan cumplido con su hogar! Me acuerdo el día que salió para su trabajo y no volvió... se nos fue... Dios y su patrono, San Jacinto el labrador, velan por nosotros junto con los santos de la Corte Celestial. Me dejaste dos hijas que son dignas de llevar tu nombre. ¡Siempre serás alabado por cuantos te conocieron! Amén.

Estas alabanzas a Don Jacinto se efectuaban delante del retrato que Doña Mariquita guardaba celosamente en su cuarto.

Buenos días, Mamá, ¿cómo has amanecido?

—¡Ay! hija, si Uds. supieran lo triste que me quedo cuando se van al trabajo. Lilia, tú que eres la mayor, cuida bien a tu hermana.

—¿Por qué te preocupas siempre por Thais?

—¡Por ese nombre que lleva! No sé por qué Jacinto accedió a los deseos de su amigo... ese loco poeta que en el infierno debe estar. Si no se me ocurre ponerle Sofía, en

honor a Santa Sofía, no me hubieran bautizado a la pobre criatura.

—Mamá, me vas a crear un complejo con eso del nombre.

Thais Sofía, como se le llamaba en la casa, miraba con ojos incrédulos a su madre. No podía creer que un nombre le preocupara tanto. Lilia, la hermana mayor, tan inteligente como buena moza, cuando se suscitaba esta que-rella tan insignificante y risible, le decía a la preocupada Doña Mariquita:

—Mamá, Thais es un nombre pagano, pero muy hermoso. Sofía es el nombre de una santa. Así es que el bien y el mal están equilibrados. Cuando la llamen Thais, sabrá que el mal anda con ella y se acordará de su santa patrona.

Doña Mariquita, al oír a Lilia, daba gracias al cielo por haberle dado una hija tan inteligente.

Las hijas se iban para el trabajo, y Doña Mariquita se despedía dándoles la bendición.

En las noches, cuando hacía mucho calor, Doña Mariquita y sus hijas salían al balcón de la casa, y conversaban por largas horas de todo lo que se les ocurría. Doña Mariquita se quejaba del farol que había frente a su casa.

—¡Habrase visto estupidez, poner un farol frente a una casa de gente decente! ¡Me quejaré al Municipio!

Las buenas noches no pasaban de las diez, hora en que se retiraban a sus cuartos.

Doña Mariquita, después de desvestirse con toda la parsimonia del caso, se encomendaba a la trilogía de sus santos favoritos: San Expedito, Santa Eduvigis y Santa Eulalia. Después conversaba largo rato con el retrato de Don Jacinto.

—Jacinto... hoy ha sido un día de muchos. Ya no soporto el sol como antes; las lluvias me molestan; el reuma-

tismo va de mal en peor. Si vieras a tus hijas tan hermosas: Lilia y... Sofía. Las dejaste tan chicas, y a mí tan joven. Hasta mañana, Jacinto, desde la gloria vela por nosotras.

Terminada la conversación nocturna, Doña Mariquita se dormía tranquilamente.

* *

Pero hoy es una mañana diferente. Doña Mariquita ha dejado a un lado las quejas; está furiosa.

—Mamacita, ¿te sientes mal? —le interroga amablemente Lilia.

—No, hijita, no es eso... ¡sino algo que sucedió anoche!

—¿Pero qué es lo que pasó anoche? —pregunta Thais Sofía.

—No me atrevo a recordarlo... es mejor vivir en pecado mortal, ¡qué tener por vecina a esa descarada mujer!

—Por favor, Mamá, ¿dinos qué es lo que sucedió?

Lilia y Thais están curiosas y a la vez irritadas. Se imaginan que la vecina pudo hacer un agravio a su madre.

—Nada, hijas, nada, ¡hoy en día eso no es nada! Meter un hombre en su casa, que no es su marido, a las dos de la mañana, no es nada. ¡Ay, Dios mío, adónde va a parar este mundo!

—¡Pero, Mamá, a lo mejor era su esposo! —contestaban en coro las dos muchachas.

—¿Su esposo?... ¡y quién es el esposo, si nadie lo conoce!

—Entonces, Mamá, si nadie lo conoce, ¿cómo puedes asegurar que no lo sea?... queda la duda. Es mejor no asegurar nada; ¡podría ser comprometedor!

Lilia hablaba serenamente. Doña Mariquita, con los ojos desorbitados, exclamó dramáticamente:

—¡Esto es intolerable!... las hijas acusan a su madre de chismosa. ¡Jacinto es mejor que no veas este triste cuadro!

—¡Mamá, por favor, déjate de niñerías!

—¿Niñerías?... ¡habrase visto atrevimiento! ¡Es mejor que me retire!

Doña Mariquita se encerró en su cuarto. Sacó de la gaveta la fotografía de Don Jacinto, la colocó en su mesita de noche y empezó la conversación:

—Jacinto, mi buen Jacinto, tú que todo lo sabes y todo lo ves, te pido que perdones a nuestras hijas por su atrevimiento. Hasta luego, Jacinto.

* *

Los días han pasado. Las quejas de Doña Mariquita se multiplican. Lilia y Thais Sofía no se atreven a sugerirle nada; por cualquier nimiedad se enfurece. Doña Mariquita, en su cuarto, continúa sus peroratas ante la fotografía de Don Jacinto.

El pobre señor fue en vida víctima de su esposa. La ambición de su vida era irse a Italia y conocer los lugares históricos, que a través de sus lecturas admiraba. Amante de los clásicos latinos, a menudo recitaba a Doña Mariquita pasajes de la "Eneida" en su original. Este hombrecillo, de mirada dulce y bigotes antihigiénicos, habría sido feliz si las garras de la niña Mariquita no hubieran apresado su pobre corazón.

Don Jacinto, amigo de los poetas antiguos y modernos se vió de pronto enjaulado en una casa que llamaba su hogar. El pobre sufrió lo indecible durante seis años. Doña Mariquita lo retenía en la casa, con la excusa de que él era un valor para la nación, y no permitía que su talento fuese malgastado por la vida necia y mundana de sus amigos, los poetas.

Un buen día, Don Jacinto salió para su trabajo y no volvió. La gente comenzó a murmurar. Circularon noticias graciosas sobre la nueva existencia de Don Jacinto. Decían que era un poeta de fama internacional que escribía bajo el seudónimo de tal y cual. Otros, con imaginación más festiva, le veían en los bulevares de París, paseándose con hermosas "vedettes". Pero la verdad era una: Don Jacinto en el lugar que estuviera era feliz.

Doña Mariquita sufrió mucho con la fuga del ratón. Su inteligencia, tan limitada para unas cosas, se agudizó en esa hora trágica para su orgullo. Viendo a sus dos pequeñas hijas, decidió hacerlas huérfanas. La mentira se fue convirtiendo en una pesadilla. Todos los días se repetía mentalmente: "Jacinto ha muerto, y era un magnífico esposo". Esta última parte era muy cierta. Con el tiempo llegó a autoengañarse: "¡Jacinto había muerto y ella lo amaba!" Su adoración por Jacinto la convirtió en idólatra. Era un amor pagano; adoraba a un fetiche. En las noches iniciaba esas tertulias a puerta cerrada.

Una mañana, Doña Mariquita leyó en el periódico, en la sección de anuncios, la venta de una casa. El lugar donde estaba ubicada la propiedad le agradó tanto que pensó curiosear. Esa mañana cantó. Sus hijas, viéndola de mejor humor, le preguntaron el motivo de esas pascuas.

—¡Hijas, pronto saldremos de esta casa, deshonrada por esa mujerzuela que tenemos de vecina! ¡Les tengo una sorpresa! ¿Lilia, podrás llevarme a ver a Don Felipe?

—Sí, Mamá... se te puede preguntar, ya que hoy tienes cara de felicidad, ¿cuáles son los asuntos que te hacen ver tu abogado?

—Ya les dije... ¡es una sorpresa!

* *

Doña Mariquita se despide de sus hijas. Sube a la oficina de su abogado.

—¡Dichosos los pies que te traen a mi presencia, Mariquita!

—¡Felipe, querido amigo, qué viejos nos estamos poniendo! Tu pelo está blanco y estás demasiado gordo para tu edad... deberías rebajar.

Don Felipe no presta atención a estas observaciones. Cuando joven fue un petimetre; después que pasó los cuarenta se niega a creer que se está poniendo viejo. Su mal es universal... ¡es un viejo verde!

Doña Mariquita evita entablar una larga conversación, y va directamente al punto.

—Felipe, quiero comprar una casa. Como tú eres mi abogado, vengo a firmarte los poderes para que negocies los valores que dejó mi padre. La compañía "Tierras Verdes, S. A." es la propietaria. Espero te entiendas con ellos, y me avises para ultimar los detalles de rigor.

Don Felipe se queda boquiabierto. Está pálido; un sudor frío corre por su cara redonda y grasosa.

—Mariquita... esto es una broma o no estás...

—Felipe, no estoy para bromas. Me parece que es una inversión saludable... mis hijas no pueden continuar viviendo en esa casa. Imagínate, Felipe, la clase de vecina que tengo. A las dos de la mañana esta mujer recibe visitas; no es el marido. Todos lo conocemos; es un hombre bueno y trabajador. Ella se está aprovechando de su ausencia. El está en China... parece que está negociando una fabulosa compra de arroz... mi criada que es tan buena y que no le interesa nada de este mundo... la pobre está tan achacosa que no piensa en otra cosa que prepararse para entregar su alma al Creador...

Don Felipe hace un movimiento brusco y...

—Por favor, Felipe, esto es grave. No me interrumpas con tus necesidades... de que la pobre está sola y falta de

cariño y cuarenta mil excusas imperdonables... la santa de Isabel lo que ha tenido que aguantarte con tus correteos de muchacho colegial. Lo que ha visto mi criada es un atentado contra todos los poderes creados y por crear... niños... sí, niños de escuela suben a esa casa ¡qué no es más que la antesala del infierno! Esa Mesalina... ¿qué dije, Felipe... Mesalina? ¡Cómo me acuerdo de Jacinto al pronunciar este nombre!... él siempre con sus personajes raros sacados de esos libros que leía... inconscientemente he recordado uno de sus nombres favoritos. ¿Quién era Mesalina, Felipito?

—Una cortesana famosa de los tiempos de Roma la antigua, —Don Felipe contesta apresuradamente. Toca una campanita de plata que tiene sobre su escritorio.

—Felipito, ¿Mesalina era una mujer mala?

—Sí, Mariquita.

La presencia del Secretario interrumpe la furia de palabras que iba a desatarse contra la supuesta "Mesalina".

—¿Me llama Ud., Don Felipe?

—Sí, Enrique... entréguele el sobre que está en la carpeta número 18 a Doña Mariquita.

—¿Bajo qué nombre está, Don Felipe?

—¿Qué memoria la de estos muchachos modernos? —dice Doña Mariquita —¡bajo qué nombre había de estar si no con el glorioso y buen nombre de Don Jacinto Alvarez de Torres Blancas y Mendoza!

Enrique, el Secretario, se apresura a buscar el legado.

—¿A ti qué te pasa, Felipe?... te veo nervioso; debe ser la presión... ¡ay, Felipe, esos brincos te van a llevar a la tumba!... Isabel te ha soportado mucho...

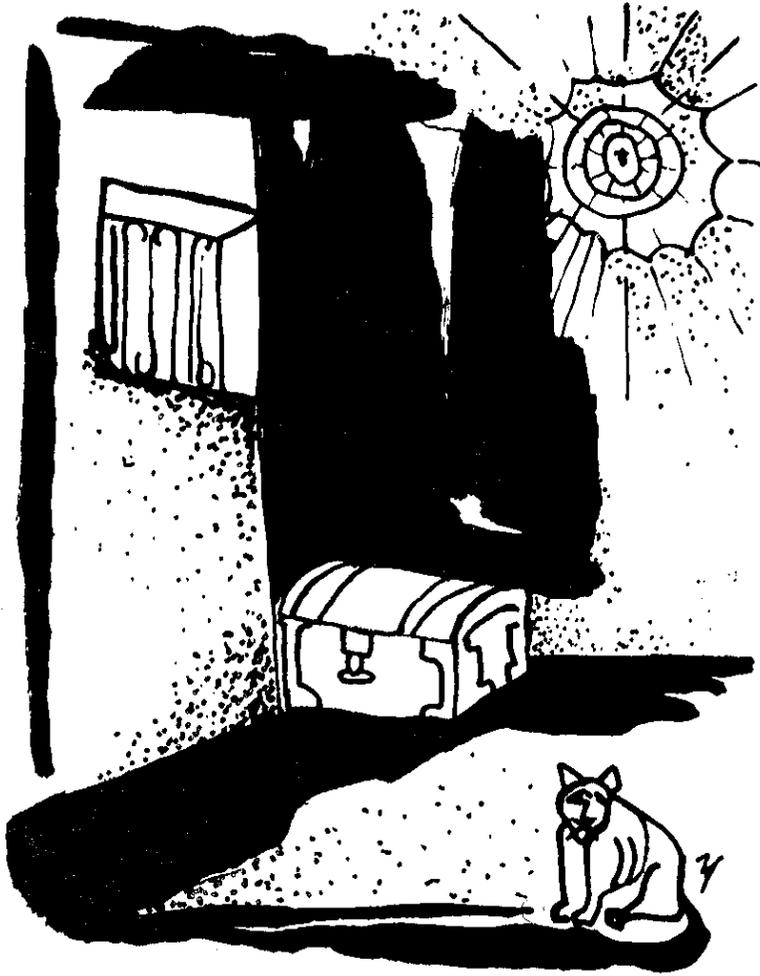
—Aquí está el documento, Doña Mariquita —interrumpe Enrique, el Secretario, entregándole un sobre amarillo.

Doña Mariquita saca sus gafas de la cartera y comienza a leer detenidamente.

Don Felipe la mira. Gruesas gotas de sudor empañan sus ojos. Saca su pañuelo y hace nudos con manos inquietas. Enrique, el Secretario, contempla la escena tranquilamente.

Doña Mariquita, sin mover una ceja, impasible, se levanta, camina hacia una de las ventanas de la oficina, mira al cielo, y grita con voz quebrada:

—¡Jacinto, que San Pedro cuide sus llaves, que los querubines escondan sus trompetas... si es que estás en el cielo! —mirando hacia la calle, sin cambiar el tono de voz, agrega —Que Luzbel se cuide de tus mañas por que ¡qué ladrón eres, Jacinto!... ¡qué ladrón eres!



“CUENTO GRIS”

"CUENTO GRIS"

Las calles están mojadas. Un muchacho camina por las aceras cargadas de agua. La lluvia ha cesado. De los aleros de las casas caen pequeñas gotas que golpean el asfalto. Los gatos, que se han refugiado en los zaguanes, se aventuran a salir a la calle. La gente camina con miedo de caerse.

El muchacho se para en una esquina, y contempla el escaparate de una tienda. Admira el hermoso maniquí ataviado con tul y raso. El viento corre suavemente por las calles; la tregua concedida por la lluvia parece terminar. Gotas de agua, con acelerado ritmo, agujijonean a los transeuntes, que caminan apresuradamente. El muchacho mira al cielo, y se refugia en la tienda. Dos muchachas, empleadas del almacén, arreglan un nuevo maniquí; colocan sus brazos en diferentes posiciones hasta lograr la deseada. El muchacho abandona la tienda. Camina pegado a las paredes.

El muchacho se detiene frente a una casa de color difuso, introduce una llave en la cerradura, y entra con gran sigilo. La casa está llena de telarañas. La escalera está cubierta por una alfombra raída; el muchacho sube, dejando huellas sobre el polvo. Las puertas crujen al empuje del viento que se cuele por las persianas rotas. No hay ninguna señal de ser viviente... ¡la casa está abandonada!

Un gato cruza el pasillo, y se pierde en uno de los cuartos solitarios. La lluvia se ha desatado. Los relámpagos alumbran la casa. El muchacho, sin inmutarse por los true-

nos, entra a uno de los cuartos. La ventana está abierta; la cierra. Es una habitación decorada por telarañas y polvo. En una esquina hay un gran baúl de madera con tiras de metal color violáceo. El muchacho alza la tapa del mueble, y saca de su interior un envoltorio apretado por un cordel blanco. Sin notar la presencia del gato, que le mira fijamente con sus ojos embellecidos por la oscuridad, rompe el cordel, y con esmero va sacando unas fotografías que coloca sobre una repisa, que no ha sido deteriorada por el tiempo. Cuando el muchacho ha acomodado todas las fotografías, se sienta sobre el baúl y contempla su galería improvisada. La lluvia continúa con clamor de gotas. El muchacho rompe el silencio del cuarto con una voz grave.

"¿Quién fue el que te abandonó y te dejó llorar por largos años?" El muchacho dirige esta sugerente pregunta a una fotografía que ha tomado de la repisa.

"¿Cuál fue la tragedia que te encerró en esta casa?" El muchacho, después de cada pregunta, se queda triste, esperando una respuesta. Esfuerzo vano. Su respiración es acelerada; exhala exclamaciones acalladas por los truenos.

Coloca la fotografía en la repisa. Escoge otra y la observa detenidamente, queriendo encontrar en cada rasgo los secretos de las personas que están plasmadas en esa superficie de cartón. El gato, en una esquina, se entretiene jugando con las telarañas. Los monólogos que sostiene con ese retrato son severos.

"Cuando terminaste de vivir te lloraron tantas personas que en vida nunca supiste apreciar... nadie te pagó con la maldad que tú merecías... y, con menoscabo de tu patriarcal presencia, los niños te temían... la meta de tu vida fue el placer; fuiste fiel a las orgías... ¡moriste borracho! Siempre causaste buena impresión porque parecías bueno... si cualquier extraño viese tu fotografía, se imaginaría las cosas más gratas. ¡Pero a mí, que conozco tu secreto, no me engañas con tu barba larga y tu cabello caño!"

El muchacho, terminando la última frase, se levanta del exiraño baúl y recorre el cuarto. Parece cansado. Mira hacia la calle a través de las persianas rotas. La gente se refugia bajo los dinteles de las puertas; la lluvia limpia las calles con fuerza y ruido. El gato está asustado por los gritos del cielo.

El muchacho vuelve a su galería improvisada y escoge un retrato. Esta vez su mirada es de simpatía; acaricia los bordes y le sacude el polvo.

“Fuiste una gran mujer; supiste olvidar las mentiras que mecieron tu cuna. Amaste la verdad y no guardaste rencor. Tu vida fue tranquila... esperaste pacientemente algo que no llegó”.

La lluvia continúa. El gato se ha ido. La casa parece crujir con el viento. La ciudad está oscura. Son las cinco de la tarde. El muchacho sale del cuarto. Se dirige al pasillo, y de una caja de madera, abandonada, saca fósforos y una vela. Camina con cuidado. En el cuarto enciende la vela y la coloca sobre un pedazo de latón. La cera va afianzando la vela. El muchacho toma las fotografías y las pone sobre el piso sucio. La vela alumbra débilmente las figuras; es necesario acercarlas a la luz para verlas bien.

El muchacho deja caer uno de los retratos... ¡un alacrán casi le pica la mano! El muchacho mata, con el pie, al animal que ha tirado al piso. El susto apaga el color de sus mejillas. El muchacho se ríe, recoge la fotografía que ha dejado caer, y le hace preguntas con ansiedad de niño:

“¿Quién eres tú, que me visitas en sueños y te vas cuando el alba asoma?... ¿no puedes ser sueño, porque eres una realidad de cartón!... ¿adónde se van las cosas?... tú eres mi amigo, hemos andado juntos en las noches de lluvia, y me has contado los secretos del baúl... ¿por qué viste un traje de payaso?... ¿fue acaso el último carnaval que disfrutaste?”

El corretear de los gatos asusta al muchacho, que se levanta nuevamente, y ayudado por la luz de la vela, cierra la puerta. Los faroles de la calle están encendidos. El tiempo ha cubierto la ciudad. con un manto gris.

El muchacho mira varias veces por las persianas, y vuelve a ocuparse de sus amigos, los fantasmas de las fotografías. Los que pasan por la casa abandonada, no observan la débil luz que ilumina el silencio de sus paredes. La gente camina con pereza. Sólo una sombra pegada a la pared adorna el cuarto. El muchacho continúa mirando los retratos. Aquellos que están semiborrosos por el tiempo, los abandona. La lluvia ha cesado, dejando un ambiente húmedo.

Frente a la casa, una señora de edad mira hacia la ventana iluminada. Se le nota cierta excitación nerviosa. Espera algo; no le molestan ni el viento, que mueve su mantilla, ni las bocinas de los autos. Su rostro seco y enjuto demuestra una voluntad férrea. Su mirada es cruel; sus labios están cuarteados por el odio. Mira a las personas que pasan con cierto desdén; el mundo es su enemigo. La ventana es su única preocupación; cuando el viento la mueve, pareciera que fuera a exclamar un grito. Luego, con un completo dominio de sus músculos faciales, muestra el más beatífico de los rostros. La gente transita poco por esa calle olvidada. La señora hace un gesto con la mano, que se asemeja a un signo cabalístico. Se pregunta: "¿Quién puede estar en esa casa?". La misteriosa señora camina hasta un zagúan próximo y permanece quieta, como una estatua olvidada.

El muchacho continúa mirando los retratos. La vela, con su llama débil, pareciera que fuera a morir; el muchacho la protege con sus manos. A la fotografía, que llama su atención, le han caído unas gotas de cera; limpia las manchas, y le habla con lastimero acento:

"En tu cerebro la locura se hospedó por muchos años... te recluyeron en un sanatorio. Fuiste víctima de los vicios

de tus antepasados. Debería sentir lástima por tí, pues eres el único que yo conocí... ¡pero siento asco por el último vástago de una familia decrepita!"

El muchacho deja caer la fotografía y llora amargamente. "¿Quién soy yo?" ---se pregunta. La vela se está acabando. El muchacho se seca sus ojos con un pañuelo. La noche está llegando. Guarda cuidadosamente los retratos en el viejo baúl. Apaga la vela, y se dirige a la puerta que dá a la calle, guiado por los ojos brillantes del gato. El viento lo reanima. El muchacho ríe mientras cierra la puerta. ¡Los recuerdos se quedan guardados en el viejo baúl de una casa abandonada!

La señora, escondida en el zaguán, mira al muchacho. "¡Es él!... ¿qué buscaba en la casa?... ¿quién le entregó la llave?...". La vieja se seca el sudor con la mantilla; su rostro se torna pálido. La ira contenida hace temblar sus labios. El muchacho camina lentamente; mira al cielo y continúa. Pasa cerca del zaguán donde está escondida la señora; ella lo mira con odio.

Al doblar el muchacho la esquina, la vieja sale de su escondite y se dirige a la casa abandonada. La señora saca de su cartera varias llaves, introduce una en la vieja cerradura y empuja la puerta, que cruje con lastimero acento. El farol que está frente a la casa alumbra débilmente. La vieja titubea unos minutos ante la puerta; luego la cierra con fuerza. La señora no se ha atrevido a entrar. Maldiciendo, entre dientes, se pierde por unas callejuelas.

El muchacho ha llegado a su casa. Se pasea nerviosamente por su cuarto. Piensa continuamente en la casa abandonada. Se acuesta en su cama, y a los pocos minutos duerme tranquilamente.

Los voceadores de periódicos le despiertan. Se dirige al comedor, y se sienta en una silla de modelo anticuado. Llama, con voz tranquila, a la criada. Una señora de mediana edad, gorda y de rostro amable, con un trapo en la mano, se encamina hacia él.

—¿Qué quieres? —le dice.

El muchacho la mira, y le cuenta el extraño sueño que ha tenido.

—Juana, he soñado cosas raras. "Vi varios rostros que me hacían muecas y bailaban alrededor de una inmensa olla de barro. Varias veces quise huir, pero era inútil; me tiraban de los brazos y me obligaban a cantar. Cuando terminaba, se me acercaba una señora con el rostro cubierto por un velo gris y me preguntaba cosas que yo ignoraba. Después se iba. Los rostros desaparecieron, y de pronto me encontraba solo en un inmenso valle. La gente caminaba mirando hacia el cielo. Tan pronto desaparecía una escena, se presentaba el rostro de la mujer del velo gris. Pero lo curioso es que yo no sentía miedo de la presencia de la señora del velo. Varias veces traté de arrancárselo y ver su rostro, pero era imposible. Cuantas veces alargaba mi brazo con ese propósito, la figura se alejaba..." Los voceadores de periódicos me despertaron.

Juana se queda mirando al muchacho, y cogiéndole las manos, le dice:

—¡Por favor, no vayas más a esa casa!... entrégame la llave y olvídate de todo lo que te han contado en la calle. ¡A medida que los años pasen comprenderás muchas cosas!

El muchacho mira a Juana con cariño, y alterando un poco su voz, le dice:

—Juana, yo no ignoro ciertas cosas; a esos señores de los retratos los conozco por medio de leyendas!... sólo a uno de ellos traté estando yo muy niño, y tengo recuerdos vagos.

Unos pasos se acercan. Juana se retira a la cocina. La señora misteriosa, que vigilaba la casa, entra al comedor, se quita la mantilla y dirige una mirada cargada de odio al muchacho. Sin pestañear, y con una mirada de reto, se levanta y dice con respeto:

—Buenas noches, abuela!



“PUERCOESPIN”

"PUERCOESPÍN"

"¡Puercoespín!... ¡Puercoespín!" Un muchacho voltea la cabeza al burlón llamado. No vé a nadie y sigue su camino. Se esconde detrás de un auto. Su rostro refleja un poco de amargura debido al triste apodo. Es un puercoespín.

Se mira en los vidrios del auto y vé su cara redonda llena de pecas y una hirsuta cabellera. Pertenece al interior y conoce la fauna mejor que el más aventajado alumno de su clase. Conoce sus mañas, su manera de vivir, lo que comen, etc., etc., inclusive lo referente al apodo.

Su hirsuta cabellera color castaño ha experimentado todos los remedios posibles; gorras hechas de medias han coronado su cabeza por largas horas con resultado negativo. Las más variadas pomadas se le han untado; su cabellera dormía plácidamente por unos instantes; luego, como el capullo de donde va a brotar una flor, sus mechas van saltando hasta convertirse la superficie redonda en un campo lleno de agujones, que reforzado por la grasa, le dá un aspecto más risible.

Puercoespín, protegido por el auto, mira hacia la esquina donde se esconde una risa burlona. Los minutos pasan y caen en alegres recuerdos.

* *

En su pueblo era un celebrado guía de caza. Sus conocimientos de lugares donde abundaban animales le habían dado fama que trascendía a los caseríos colindantes.

Con frecuencia se le pedía prestado a su madre por muchachos mayores que él.

—Nos lo llevamos, Señora.

—No se preocupe si no volvemos hasta mañana por la noche.

—Gracias, señora Clorinda.

La madre siempre aceptaba.

—Hasta luego, hijo. Cúdense bien.

—Hasta lueguito, mamá.

Y partía envuelto por el polvo rojizo que levanta la brisa veranera. Elegía con precisión de zorro el lugar donde había de hacerse el "mampuesto", y esperaban sus acompañantes con tranquila pereza. Él dormía plácidamente arrullado por la música de hojas. Al fondo la luna, tan benedecida por los cazadores, con su halo de crueldad. Después... ¡el triunfo!

Dos o tres hermosos saínos, y una nueva gloria para el feliz guía.

El retorno no podía ser más pintoresco. Los hermosos trofeos eran admirados por doquiera iban pasando. Los más curiosos invitaban a los cazadores a sus ranchos, donde se les brindaba un caliente y oloroso desayuno. Les servían gran cantidad de "changas" y tortillas que engullían los triunfadores.

Afuera, los boquiabiertos anfitriones admiraban con minuciosidad la caza.

La llegada al pueblo era saludada con zumbido de frases harto conocidas:

—"¡Qué muchacho tan sabido!"

—"¡Bellaco el muchacho!"

No dejaba esto de molestar a los otros, pues el héroe a fin de cuentas era un muchacho de trece años.

* *

Puercoespín siente pasos, y saliendo de su escondite, corre hacia la esquina, tratando así de encontrar por sorpresa al muchacho que le ha gritado. No vé a nadie. La risa se ha ido.

* *

Su vida en el pueblo transcurría feliz, llena de halagos. Su madre era Directora de la escuela y ahijado del Alcalde. De este compadrazgo se hablaba a hurtadillas. Del padre nada se sabía. Decían que era de la ciudad y que había seducido a la buena moza Clorinda (tan apegada a los santos) que en mala hora fue tentada por el diablo, que tomó la forma de un galán de esquina.

Pero la desgracia se enseñoreó en sus lacios cabellos. Unos bichitos tan diminutos llamados piojos hicieron tanto estrago en la cabeza del feliz muchacho, que necesitaba de manos amigas para calmar la terrible picazón.

Doña Clorinda y una criada se turnaban en la curiosa tarea de espulgarlo. Todas las mañanas Doña Clorinda examinaba la cabeza del hijo y le decía:

—Viste, hijo, tanta cacería te trajo esto. ¿Se puede saber adonde fue?

—En el jorón de un rancho viejo —contestaba el muchacho con molestia.

—No se apure niño, que "no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista" —canturreaba Isabel, la criada de la casa, y mirando de cuando en cuando al piojoso que sonreía entre rascada y rascada.

Doña Clorinda y la criada agotaron todos los recursos posibles, y decidieron pedirle consejo al cariñoso padrino.

—Compadre, no quiero que nadie se entere; ya sabe Ud. cómo son los muchachos.

—No se apure, Clorinda, yo arreglo todo. Ven acá muchacho.

El muchacho remolón se miraba las puntas de los pies, se rascó la cabeza y esperó la sentencia resignado.

—El mal se corta de raíz... ¿sí o no?

—Sí, Padrino, —contestó el muchacho, dándose golpecitos en las sienes, nuevo punto de ataque de los innumerables bichitos.

—¿Entonces estás dispuesto como macho?

—Sí, Padrino.

—Muy bien.

Diciendo esto, el padrino mostró al ahijado una máquina de mano para cortar cabellos que sacó de una chácara de varios colores.

—Con esto se acaba la vaina y con esto otro no quedará rastro de piojo.

“Esto otro” era una barbera.

El muchacho presuroso trajo de un rincón del patio una banqueta, y dándole la espalda a su padrino se sentó.

—Estoy listo, Padrino.

—No, hijo, no... un momento.

Doña Clorinda, cogiendo de la mano al compadre, le señala un pequeño trillo que se desprende del patio.

—En la quebrada... me parece el mejor lugar.

—Sí, Comadre... tiene razón, y no hay peligro de que nadie aguaité...

—Y que la piojera no quede regá por allí —interrumpió la criada pasando entre la comadre y el compadre.

La curiosa comitiva se dirigió en fila india a la quebrada. El muchacho se rascaba casi con alegría, presintiendo el fin de su molestia. La criada canturreaba una saloma, y llevaba en sus manos un platón con bordes oxidados y una pequeña totuma. Una botella de color verdoso guardaba celosamente envuelta en trapos, junto con una barra de jabón gastada. Doña Clorinda y su compadre, unos cuantos pasos atrás, les seguían.

* *

La operación concluyó con el enjuague de alcohol. El ardor que le produjo fue tal que abrió sus ojos, que mantenía cerrados desde que comenzó la "rapada". Se llevó las manos a la cabeza, y sintió una planicie tibia con ligeros altibajos. Después sintió el fresco de la brisa que se colaba entre el follaje. Sus ojos, llenos de preguntas, miraban a su madre y luego a su padrino, que se entretenía en vigilar el estrecho trillo. Se levantó, estiró las piernas cansadas por la posición que la situación requería, y encaminó sus pasos a la casa, seguido de su madre y el padrino, que en esta ocasión hablaban en voz muy queda. Atrás se quedaba la criada lavando los milagrosos enseres y echándole hojas secas a la cabellera esparcida cerca de la quebrada.

—Mírate en el espejo y no te preocupes que el pelo vuelve a nacer.

—Sí Padrino —contestó el muchacho, y cogiendo el espejo que le tendía su madre, se miró una y otra vez hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No seas tonto, hijito, eso no es nada; ya pasará, como dijo tu padrino, cuestión de uno o dos meses.

—Usted no sabe lo que me dirán. A Tomás cuando lo raparon los muchachos le decían...

—No seas tonto. ¿Quién se va a atrever en la escuela a molestarte, siendo tu mamá la Directora? —interrumpió el padrino rascándose la cabeza con nervioso brío —además, ¿quién sabe...?

Se rascó la cabeza por segunda vez, y...

—Hasta luego, comadre.

Y con un ligero toque en el hombro se despidió. El ruido de la puerta que daba a la calle decía lo apresurado del andar del fabuloso señor del pueblo que con cada triunfo político se ponía más obeso.

Doña Clorinda estrechó a su llorón muchacho, alentándole con frases de...

—Pobrecito, que llore, después de todo...

—Sí, que llore, que después... —sentenció la criada que en esos momentos entraba.

* *

— ¡Cocoliso!"

—"¡Aijao de la pelona!"

—"¡De tanto saño que habeis matao, ahí teneis el castigo!"

—"¡Piojoso!"

Las burlas terminaban apenas aparecía Doña Clorinda.

En la escuela el muchacho se sentía tranquilo; nadie le molestaba. Sólo las miradas curiosas le irritaban; a veces llegó a preferir las burlas.

Pero el tiempo fue benigno. Al mes ya nadie se acordaba del "piojoso", "cocoliso" o como la inventiva de la alegre muchachada le llamaba. Muchos ignoraban el color de sus cabellos. Otros pensaban si alguna vez los hubiera tenido.

El tiempo, más que benigno, fue corto.

Pasaron dos meses y la alegría asomó a su desolado cuero cabelludo; sólo que sus cabellos, siempre dóciles al peine, se mostraban rebeldes y crecían como puntas al cielo.

Temeroso de nuevas burlas y otra pelada al "coco", desechó las invitaciones de cacería y buscó nuevas diversiones.

Ponía "tapones" en el patio, y escondido detrás de la puerta, veía los pájaros, de variada especie, que caían según el número de "tapones" que había colocado.

En las noches su madre contábale cuentos de variada naturaleza, echando de menos a su padrino, el Alcalde, tan sabido en esas cosas.

* *

Don Casimiro, el suplente encargado de la Alcaldía, fue a visitar la escuela. Un atropello de palabras (que se les dijo a los alumnos era un discurso, y deberían aplaudir apenas terminase), luego un resoplido y el premio de tan homérico esfuerzo: fuertes y bullangueros aplausos. Terminado todo, se sucedieron las imperiosas preguntas.

—¿Y el Alcalde, Don Casimiro?

—Bueno, está un poco enfermo.

—¿Cómo?

—¿Dos meses enfermo en la finca sin que nadie lo cuide?

—Bueno...

—Dice Ambrosio que lo ha visto ensombrerado hasta las orejas y parece muy sano.

—Bueno, usted sabe, no... Dos meses parece mentira... nadie sabe, la gente se enferma así tan de pronto que... Bueno, ya saben como son las cosas.

—Dígame, Don Casimiro, ¿ya resolvió el Municipio qué ha de hacer con la escuela, que se está cayendo de vieja?

—Bueno...

Las maestras se regocijan con el abrumado Don Casimiro que no atinaba a contestar ninguna pregunta, de tantas que eran.

Doña Clorinda, agarrada del brazo de Don Casimiro, lo condujo al portal de la escuela donde, una por una, las cuatro maestras se fueron despidiendo. Don Casimiro contestó con una pequeña reverencia. Viéndolas alejarse, le dijo a Doña Clorinda con aire de misterio:

—Usted sabe, ¿verdad Doña Cloro...?

—Sí, Don Casi, son cosas que pasan y no tienen importancia.

—Bueno, no tienen importancia... digamos hasta que pasen dos meses... ¿no?

Doña Clorinda comenzó a reírse del misterioso Don Casimiro, que pronto le secundó también. Entre risas se despidieron, enjuagando Don Casimiro un suspiro, viendo las bien torneadas piernas de Doña Clorinda.

El tiempo siguió su largo e interminable camino.

El pueblo, apacible a ratos.

El Alcalde, con su nutrida panza, y Don Casimiro, con sus ojos cargados de desecs reprimidos, siguiéndole a todas partes.

Los muchachos, con sus alegres correrías.

Y las querellas y el chisme van del brazo todos los domingos a misa.

* *

Ha pasado el verano.

El invierno entra con apacibles lluvias.

Los pastos se vuelven verdes y se coronan de florecillas silvestres.

Los caminos con su barro rojo lleno de huellas.

Un carro espera a Doña Clorinda y su hijo. Se van para la ciudad. Doña Clorinda ha sido trasladada. Siempre esperó el momento con alegría, y quizás también con un poco de angustia, pero la palabra "recuerdos" había quedado atrás. Su rostro refleja gratitud; mira al Alcalde, que dándole un fuerte abrazo y cobijando con su mirada al muchacho, le dice:

—Bueno, Comadre, no se preocupe; la casa quedará en buenas manos... yo mismo me encargo de eso.

Otro nuevo abrazo, y...

—Adiosito, no me olviden.

—Hasta el verano, Compadre.

Doña Clorinda, dirigiéndose a Isabel, le dice:

—Apúrate, Isabel, que se hace tarde.

—Ya voy, niña Cloro. Apúrate muchacho, ¿qué haceis allí parado?

El muchacho mira a su padrino y le tiende la mano, recoge una maleta, y mirando hacia las llanuras verdes aspira el fuerte olor a tierra mojada.

—¿Ya se despidió, hijito?

—Sí, Niña —responde Isabel. Y mirando con ternura al muchacho, habla consigo misma: "Sí, se está despidiendo".

Lo atrae suavemente y montan el auto. El conductor desliza con suavidad el auto. Dan la vuelta por el pequeño parque y pasan nuevamente por la casa, donde el Alcalde, padrino y compadre, agita lentamente un pañuelo.

El muchacho vé pasar las casas y todos sus recuerdos. Atrás ha quedado su infancia feliz, su leyenda de cazador, su casa, sus llanos, su río.

Atrás quedó su tierra vieja.

Cruzan los límites del pueblo. Son las cinco y media de la mañana.

La ciudad con sus calles estrechas y agudas como tijeras.

En su nueva escuela se sentía cohibido. Su banca está llena de cicatrices.

La maestra le llama suavemente.

---Su nombre por favor.

En ese instante alguien grita: "¡PUERCOESPÍN!"

El apodo, que nació en la banca de una escuela, fue rápidamente transmitido por el eco glotón, y la clase se llenó de risas.

---¡Niños, por favor, silencio!

Las risas continúan acompañadas por patadas que dan los niños en el suelo.

La maestra se dirige hacia un niño que es el "mago" de la risa.

—¿Tú fuiste el que gritó Puercoespín?

---Sí, señorita.

El muchacho se levanta y se dirige al escritorio de la maestra.

—Pídele excusas.

—Sí, señorita --contesta el muchacho con cortesía.

—Señor Puercoespín, le pido excusas.

Y haciendo una reverencia de "marionetta" exclama con simpática sonrisa:

---Mi nombre es Oreja de Ratón.

El júbilo inundó por segunda vez la clase. La maestra se lleva la mano a la boca, silenciando la risa. Unas lindas mellizas aplauden con gracia. En las últimas bancas el júbilo es exigente. Desean más payasadas de Oreja de Ra-

tón. Goza de simpatías. Se cuenta entre los aplicados de su clase. Los lerdos de las últimas bancas lo tienen como héroe.

La maestra grita: "¡Silencio!" La clase se calla. Oreja de Ratón se dirige a su banca seguido por Puercoespín.

Pasaron los meses.

La clase se corvirtió en un zoológico.

Puercoespín se hizo el inseparable de Oreja de Ratón. La Tortuga intimó con la Veleta. El Conejo se disgustó con la Jirafa.

* *

--"¡Puercoespín!... ¡Puercoespín!"

Los llamados se suceden como saetas encantadas. El muchacho trata de orientarse. Su mirada escruta todas las direcciones.

--Ya se fueron --le grita una voz.

Puercoespín mira hacia un balcón lleno de maceteros con flores. Vé a una hermosa niña de cabellos castaños. Parece una linda "estrellita cinematográfica" con su hermosa bincha roja. Puercoespín la contempla unos instantes y sigue el camino de su casa.

El sol retoza por los techos.

Los perros se echan en el sitio más fresco de la calle.

Es toque de queda para los que reposan en la estera de la una. Es una tarde de tantas, tarde de siesta.

En el balcón, sobre un sillón viejo y hundido, un muchacho contempla la sombra apagada de un gato. El influjo hipnótico del felino hace cabecear al muchacho. Puercoespín dormita en su intimidad de rosas.

* *

Todas las tardes Puercoespín se pasea por la calle de su nueva amiga. Ella lo saluda con la mano; él le hace un guiño de ojo.

Se han encontrado en distintas ocasiones en la iglesia. Han conversado.

---¿Por qué te llaman Puercoespín? ---le pregunta ella.

---Pues... por mi pelo ---contesta el muchacho nerviosamente.

Ella lo mira fijamente y le dice:

---No eres feo. Si no fuera por tu cabello, pero eso tiene remedio. No permitas que te llamen Puercoespín.

---En la escuela lo permito porque allí no es burla. Es más bien una distinción.

---¿Quiénes te gritan?

---No sé, pero no puede ser amigo mío. Si lo fuera no se escondería.

Las entrevistas son cortas. La niña se despide.

* *

Puercoespín siente la molestia del apodo. En la escuela se ha vuelto hurraño. A sus compañeros los llama por sus nombres. Oreja de Ratón nota el comportamiento de su inseparable amigo, y le pregunta:

---¿Estás bravo con nosotros, Puercoespín?

Puercoespín mira a su compañero, piensa unos minutos, y le dice:

---Por favor, ¡que no me llamen más Puercoespín!

La clase se ha vuelto quieta. Nadie le llama Puercoespín.

Los paseos por la calle de su amiga continúan, cada vez con más frecuencia. Estudia poco. El sillón del balcón es su sitio favorito. Allí sentado se pasa largas horas soñando. ¡Está enamorado!

Ella le dijo que era buen mozo y que su cabello volvería a ser apacible.

En la barbería, que antes había sido de un japonés y que ahora es de un italiano, el muchacho entra y saluda al barbero. Conversan largo rato; hacen gestos. El barbero asiente a todo lo que le dice. Sentado cómodamente en la silla de la barbería, vé al italiano sacar unas tijeras dentadas. El corte de cabello ha concluído. Se mira en el espejo. La decepción asoma a sus ojos. El barbero, dándose cuenta de la reacción del muchacho, le dice:

---Dentro de unos meses tu cabello será ondulado.

* *

Han pasado dos meses.

En la escuela los muchachos lo miran con asombro. El apodo choca con las ligeras ondas de su cabello.

---Apúrate, hijo, que vas a llegar tarde.

---Ya voy, Mamá.

Rápidamente se arregla. Hoy es un gran día para él. "Ella" lo ha invitado a su cumpleaños. Será una hermosa fiesta. Será una tarde de triunfos. Para los que lo conocieron con su cabellera hirsuta, verán bien peinados sus cabellos ondulados.

Está listo para la fiesta. Luce un hermoso vestido crema. El cuello de su camisa está tan almidonado, que pareciera fuera a cortarle el cuello. Hoy soporta todo, hasta los apretados zapatos nuevos. Se despide de su madre. El enamorado va camino de la alegría. Lleva un paquete pequeño de hermosa envoltura.

Toca la puerta de la casa nerviosamente. "Ella" le abre la puerta. Su admiración es tan grande que lo agarra por un brazo, y casi arrastrándolo, lo presenta a sus amigas, y les dice:

---Este es mi amiguito.

La niña es llamada por unas señoras que ocupan enormes sillones. Arrastra a su amiguito.

--Estas son mis tías que quieren conocerte.

--Mucho gusto, Señoritas --contesta embarazosamente el muchacho.

--¿Cuál es su nombre? --pregunta una de las tías.

El feliz invitado contempla la enorme sala. Admira la mesa con su mantel de hilo. El enorme "cake" adorna el centro de la mesa. Una criada está sirviendo los helados.

--¿Cuál es su nombre? --pregunta con insistencia la tía.

La muchacha mira a su "amiguito", tratando de debelar la incógnita. "¿Cuál es su nombre?" se pregunta ansiosamente. La tía espera la respuesta tranquilamente en su mullido sillón. Es una pequeña pausa, que se hace larga. La muchacha golpea sus dedos. Mira hacia todos lados esperando encontrar la respuesta. Su "amiguito" la mira impasible; sonríe.

Con una amplia sonrisa, que muestra sus pequeños dientes, dice:

--¡Su nombre es... Puercoespín!

----- F I N -----

aparece ante el público en esta edición.

Zachrisson se revela en estos cuentos dotado de una imaginación y una sensibilidad nada comunes en nuestra literatura narrativa. Prueba de ello son los elogiosos conceptos que el Jurado Calificador le prodigó al otorgarle el galardón:

“Constituye el envío más homogéneo del concurso y el que mantiene mayor corrección de forma y contenido literarios. Revela un autor dotado de imaginación y sensibilidad y un observador agudo que plantea sutiles situaciones psicológicas de las cuales saca partido literario mediante el empleo de un lenguaje ágil y conciso sin perder por ello, fluidez y gracia en la expresión”.

